

HABANA-VERACRUZ

ARRANQUE DE VIAJE

... Ya el "Esperanza" arría sus gruesas amarras de los lingotes del "San Francisco", enorme brazo de cemento que aplasta el lomo de cien olas, mansas en la bahía...

... Ya salva el dédalo de barcos anclados, cuyos pabellones multicolores, tejen la ilusión de la bárbara tragedia viejomundana...

... Ya sigue, línea abierta allá, bordeando los rocosos contornos de la Cabaña, la mole pétrea: fortaleza del Morro...

... Ya abre rauda marcha, mar franco adelante:

El mismo panorama de la ciudad-capital, descrito en "Mi viaje a Venezuela"; el mismo sol al frente, hundiéndose tras un tumulto de olas crespas; el mismo cielo tardaniego, nuboso al centro, taraceado por placas de múltiples tonos, vivísimos, en el horizonte.

Yo, puesto en la ancha borda del buque

"Ward Line", busco apurar, momento a momento, las emociones, tan vibrantes, de la partida. Observo, entre plácido y turbado, cómo se desdibujan, se confunden, se esfuman, hundidos en brumosa lontananza, los relieves urbanos, alzándose por ello en mi mundo interior—símbólico lago de Lerma—esa hidra terrible: la nostalgia, con cuyas siete bocas fabulosas muérdeme el espíritu.

Pienso... Medito... Cavilo...

Cruzan, primero, mi mente, en espeso recuerdo, las escenas blandas y ásperas del despedirme; luego, a seguidas, yérguense, vueltos furias esquileas, ululantes, pavorosas, tantos bárbaros relatos de la guerra que enfrento, atendidos unas buenas noches, en tertulia de mexicanos expatriados, allá por nuestro parque de Martí—¡guerra; plaga suicida; engendro maldito de Urano y Marte!—concentro, en fin, idea en lo asaz temerario del empeño: seguir tierra adelante de la vasta región "Anáhuac", desde Veracruz, há poco intervenida con la fuerza invasora del "yankee", y hoy, ya, en su serena soberanía carrancista, hasta la imperial "Urbe de los Palacios"—blasón de Hugo—centro capitalino, no se sabe bajo gobierno de quién, acaso, acaso, de Emiliano Zapata, "Atila Suriano", por feroz remoquete de sus propios secuaces.

El resonante tembleteo de una placa metálica, sacudida con muñón de suela, viene entonces a sorprenderme, a como quebrantar la tersa quietud del ensimismamiento que me domina.

Levanto la vista, y entiendo: anuncian hora de comedor.

Todo el pasaje va, viene, se apresura, corre hacia los camarotes. Busco el mío—8, diestra—y me posesiono de sus cuatro paredes: pinsapo blanqueado; de su dura y angosta litera; de su sofá ceñido a la banda izquierda; de cuanto allí hay, bien sea incómodo y postizo. Celda ella voluntaria en la cual vamos dando tumbos y tumbos sobre la landa azul, íntimamente inescrutable, por su superficie: senda, sin huellas, para los mil extremos donde asome la corteza sólida del planeta!...

Otros minutos... y ya estamos en pieza cuadrangular; chata de techo; agarradas al piso, diez, veinte mesitas redondas, que las adornan frutas hespérides, flores de trapo, o papel. En los ángulos de la estancia, lucen, además, algunas plantas de invernadero: cipreses entecos y palmas enanas. El aire salitroso agotaría en germen cualquier intento de jardinera espiritualidad.

Buen rato ha requerido el servicio de platos a la americana, endiablada cocina de cien enjuagues culinarios, sin jugo, ni sabrosura alguna; mas, resignarse, que aún nos esperan tres días de ruta, con idénticos menús para jornada.

Lleno el estómago por las picantes misturas, y tomado el mondadientes que ofrece viejo camarero—saludándole ya, con sórdida sonrisa, a la propina—salgo sobre cubierta; me

voy para el "smoking room"; sorbo un poco de café, aquí pardo brebaje; adelanto de nuevo a escrutar la lejanía, distante... distante... miniada, en su negror, por ringla de luces, iluminación de nuestra avenida del Golfo—creyérse otra "Vía Láctea", o "Camino de Santiago"...

En sendas "chaise-longues", hombres y mujeres, acuestan su prisa, trayendo a frase, aguda observación de Rusiñol en "Un viaje al Plata". Varios niños, algo separados, niños con caras gordezuelas y sonrosadas, cantan, acompañando danza singular; otros, triguños y de rostro anguloso, saltan, retozan, gritan. La luna, blanca luna, yerta luna, que ríe todavía funambulescamente las cuitas del payaso Pierrot, riela sus rayos, plata y hielo, por las venturosas cabecitas infantiles. Y el mar, el milenar mar, mar fofo e hipócrita, reposa mansedumbre; en su seno, quizá, fraguando tormenta de apocalipsis!...

EL PASAJE

Ahora, ¿quiénes son estos niños que viajan conmigo; de dónde partieron; y hacia cuál punto se dirigen?...

¿Cómo le dicen a sus juegos, a sus entretenimientos, tan diversos, tan opuestos entre sí; los unos, encalmados, dulces, "enlairadores"; los otros, ruidosos, escandalosos, agrios?

Y sus padres, ¿están aquí con ellos, en tournée recreativa, o les aguardan en el vecino

pueblo de Veracruz, o en Tampico, habiéndoles confiado mientras la travesía, al amigo, al pariente, al capitán?...

Alguien, perspicaz y ladino, cazando mi curiosidad, se acerca, solícito, a satisfacerla. Es muchacho ayudante de mayordomía; compatriota él, zumbón y discreto, como cuadra a todo habanero.

Libres de vana ceremonia, entablamos diálogo.

Le interrogo concretamente.

Contesta:

—Nacidos todos en México; éstos, de familia alemana; aquéllos, de española.

Comprendo al punto, experimentando intensa amargura de raza.

Tres de los chiquillos—ángeles de Rafael, por lo áureo en las melenas, y esa leve dulzura del semblante—se adelantan a pasitos cortos; riman alígera cancioneta. Uno más, igualmente rubio y adorable, les espera; cíñense, los cuatro, sus manos; y describen, a compás de armonioso coro, giro raudo. Después, en segunda figura de la pueril comedia, tal varoncito, paje de ensueño, se arrodilla ante cual muchachilla, hada de cuento azul, y como le declara rendido amor. El idioma alemán, duro, enredado, seco, "charla de Satanás", en boca de mercaderes, de militares, y hasta de gentes de la diplomacia, cobra aquí no sé qué gracia sencilla, qué cautivadora musicalidad. Aprovecho menudo descanso de los rapaces, y

pregunto a la mexicanita—sangre y alma teutona:

—¿Qué anota vuestra letra?

—¿En castellano?, subraya.

—En castellano, le confirmo.

Hace un grácil mohín de reconcentración, urdiendo el original; y principia, en cristalina lengua de Cervantes:

—Venía un pájaro de oro, desde un nido volando; un ramito de jazmin en el pico, que se lo regala a gallardo mancebo... Somos tan pobres, que no guardamos nada; nuestra única riqueza es nuestra reina, que ha de ser la amada Frieda, y a ella le daremos el ramito blanco.

Frieda llaman a quien me ofrece, graciosamente, la traducción. Descúbrese que no está ella precisa; pero, sin embargo, se advierte la candorosa belleza de su fábula.

También nosotros tenemos primores de inventiva, para las inteligencias embrionarias: "La princesa del chapín azul", "La fuente encantada", "La Cenicienta y el rey", con otras cien leyendas ingenuas que pudieran servir de regocijo a nuestras criaturas. Mas, eso son majaderías, argüirán burgueses almacenistas, e improvisados señorones; pensando, sin duda, en sus bravas jugatas de aldea (Rivadavia o Arroyo del Puerco, Cangas de Onís o Torquemada). Por ello que los pequeñuelos de mi historia, ángeles de Murillo, con sus gudejas de ébano y faz traviesa—nervio y espí-

ritu latinos,—siguen en zambras locas, brincos y aspavientos. Alguno sufre daño, y llora su dolor, lastimeramente.

Una criada plebeya, zafia y gruñona, lo agarra del brazo, conduciéndole a presencia del caballero; y entonces, éste, sin averiguaciones, y menos consejos, cruel, propínale uno, dos, tres sonoros golpes.

—Para que aprendas a no caerte más.

Y continúa su interrumpido tute.

—¡Veinte en bastos!—pregona a los compañeros de baraja.

El chiquillo, claro, apenas desvanecido el malestar de porrazo y nalgadas, torna a la algarabía, a las carreras, al rudo, turbulento desorden...

¿No es así, lectores míos, cómo se van delineando, formando, tomando fuerza y consistencia de carácter los ciudadanos del mañana; unos serenos, juiciosos, disciplinados; otros díscolos, convulsivos, rebeldes?...

Horro de cualquier pretensión sociológica, de humos reformadores, o tendencias apostolares, lo afirmo, sí, paladinamente.

Varios súbditos del Kaiser, tiesos, ufanotes, dentro de sus acorazadas pecheras y cuellos hiperbólicos, zaheridos por modo donoso en crónica de Julio Gamba, desde Berlín; un joven matrimonio inglés, y "miss" de compañía, aristocráticos, bien, con el mundano desgaire, cansancio de estirpe, marcado en los gestos, en los modales, en la indumentaria; núcleo de espa-

ños de América; cetrina la color; barba moruna, los cincuentones; bigote en agresiva punta, los pollastros; las damas medio majas y medio maritornes—retratos de Goya o páginas del Ingenioso Hidalgo; corpulento y ventruado “pato de la Florida”, sordo y a ratos loco, en paseo solitario, de babor a estribor, deteniéndose siempre para hablarles a cuantos otros compañeros topara, fueran prusianos o fueran iberos—alarde de políglota; seis, ocho señoras, y señoritas criollas, pálidas y mimosas; tres indígenas “rastequers”, en reciente excursión por el Barrio Latino; ése, el pasaje del “Esperanza”, pasaje pintoresco, abigarrado, heteróclito, tal con rumbo a república colombina, Nuevo Mundo donde acuden y alientan y viven seres de todos los confines del Globo, desde el chino de Cantón, al etiópico de Zene-gambia, pasando por el húngaro de Bucarest, y el turco constantinoplense; confusión, torbellino, maelstron, de opuestas costumbres y babilónicos pensamientos, ambiciones en pugna, luchas, codicias, envidias, odios, desbordados pasionalismos... Mal el más fuerte, grave, formidable, de los muchos que sufre nuestro Continente; y, en México, una de las causas primigenias de su discordia actual.

LA TRAVESIA

De tierra a tierra, Habana-Progreso, invertimos el tiempo de una y media singladura. La travesía fué rápida, fué fácil, fué grata.

Cada pasajero entretuvo sus ansias de llegar a puerto, a la escala de destino, según capricho. Bien vale escribir cómo los desposados sajones refugiábanse por el pasillo de popa; él, rasgueando con fina escamilla de carey, en gentil mandolina, aires de “turkey trro” u “one step”; ella, delicada y ágil, desenvolviéndolos a vueltas y contorsiones, exigencia de la moda, ultra frívola y voluble, así la mujer misma! Los pasajeros prusianos se enredaban en comentarios de su titánica contienda, comprendiéndoseles en los ademanes y el nombre propio, pronunciando a las claras, cuándo se referían a la pérvida Britania, cuándo a Francia, cuándo a Rusia, cuándo al Japón.

¡Estos inquietantes monos amarillos!, habían de exclamar refiriéndose a los enemigos del Pacífico.

Otras veces, dábanles el brazo a sus consortes, y recorrían, de extremo a extremo, el cuadro de la primera, taconeando imperialmente las tablas del piso.

Cuanto a los peninsulares de la adusta ex-metrópoli, reuníanse, bien en el salón-fumador, bien en el de recibo; allá, engolfados con la tabernaria brisca o el tute; acá, por escuchar, gozoso el gusto toreril, la fanfarrona marcha de Bombita, la canalla “Matchicha” brasileña, o el truculento “Tango de la Argentina”, espléndidas dosis de sensualidad, de fuerza ruda y ardores de sol, arrancadas al

piano por la magia de unas retozonas manos femeninas, "tenazas de corazones". A momentos, sentábase al Steinway señora muy entrada en años, con cara de personaje de Macbeth, bruja huída de su aquelarre, e inundaba la sala de lamentos de Chopin, arias de Verdi, o rapsodias de Listz; pero tan diabólicamente ejecutadas, que me vino al recuerdo este verso de humoristas bogotano, quién sabe si al componerlo en trance parecido:

"¡Porque Mozart no fué albañil!"

Uno de los indígenas, por los ratos de tregua musical, procuraba el asombro fácil de la concurrencia, narrando sucesos del París perverso; descubría la vida de los fantasmagóricos cabarets de la Gloria, del Infierno...; hablaba de apachismo, y otros ismos cínicos, para caer en el elogio de drogas y prácticas hechiceras; sintiéndose espírita, quiromántico, y no sé qué más "cosas" de análoga novedad.

Yo, observa, y lee. Leí, entre algunos libros, el primer volumen "Siempre adelante" de Orison Stewel Marden; donde el tan celebrísimo educador de la voluntad, recoge y explica máximas de filósofos antiguos, y gentes prácticas, a propósito de "Los triunfos del entusiasmo", "Brevedad y concisión", "El respeto propio y la confianza en sí mismo", "El valor del tiempo", etc., etc.

Algo encontré, a través del texto, muy propio para consolar mi aventura, infundiéndome más resuelta disposición a realizarla. Fué se-

mejante sentencia garfieldana: "Nada nace en este mundo sin que con él nazca la obra que ha de cumplir".

Hijos de la cruel fatalidad, según el apotegma, ¿quién osará oponerse siquiera a las secretas impulsaciones de su sino?...

Iría, desde luego, a la campaña carranzovillo-zapatista; internándome por Apizaco o Morelos, por Puebla u Otumba; desafiando, a pecho dispuesto, inclemencias y peligros; sin menguadas incertidumbres, sin miedos torvos; bien fija, eso sí, para salvoconducto, de un bando a otro, la divisa que de creer a Taine, adoptara Próspero Merimée para sofrenar su ardiente sensibilidad: "memneso apistein": acuérdate de ser desconfiado.

Desconfiado... y valeroso, en cifra suma, tenía que serlo de querer algo a mi pelleja. ¡Sobrado enconadas, ciegas, iracundas son las revueltas políticas, máxime en la fase de lucha intestina, civil, herencia maldecida del fatídico Caín!...

UN ACCIDENTE

El viaje tuvo su accidente, o simulacro de accidente, mejor. Marchaba la mole flotante, altiva, majestuosa, asesina, con su casco de acero, de la mar y el viento; señalando la corredera sobre catorce millas cada hora; el pasaje, en calma, tras el sopor plúmbeo de la siesta; cuando, súbito, reventó un enorme alborozo: carreras y gritos.

—¿Quién fué?, ¿Quién fué? gritaban unas señoras angustiadas.

—¡Cuánta desgracia, Dios! prorrumpieron otras.

Mayores exclamaciones, en lenguas para mí hostiles. (¡Oh, sutil maestro, bueno es pronunciar mal, con orgullo, los idiomas extranjeros!, pero pronunciarlos o, al menos, entenderlos). Salen los brujos prismáticos de sus fundas, corriendo de mano a mano; llévanse a los ojos anhelantes, febriles. El "Esperanza" retiene sus máquinas; se encalma; cesa en el jadeo de monstruo; cae en silencio; ese silencio que cripa la carne al considerarlo presagio de tremendas catástrofes. Ocho negros canadienses, musculosos, nervudos, bestiales, acuden a la borda; saltan a las lanchas aferradas al costado de estribor con antenas férreas; sueltan el esquife más veloz; obedecen órdenes fuertes, autoritarias. Las sogas chirrían en las poleas; cruje el maderamen del bote; suena y suena agudo, pertinaz, obsesionante, el pito del contra maestre.

—¡Se ha caído algún niño!, gime otra vez, transida de pena, una madre.

Y cada cual, temblorosa, transfigurada por el terror, recuenta a sus pequeñines.

—Oscar, Pepito, Leonor.

—Elda, Frieda, William.

Allí están. Tranquilidad momentánea, vaga...

—No, opone un individuo, de bigote y pe-

rilla a lo don Juan de Austria, ha sido un emigrante, de tercera.

Opina un alemán, en su inextricable jerga. Y nadie, de a bordo, se acerca.

Ya el barquichuelo está en plena inmensidad, haciéndola estremecerse con débiles escauceos. El marca único objeto que interrumpe la monotonía del horizonte máximo: cielo y agua en círculo obstinadamente igual, para el ojo profano, tan distinto para el lince marino. Diez y seis brazos en los ocho remos guían la embarcación; atrás un piloto de timonel.

Cruza ahora impasible, flemático, el obeso "yankee", con aparato auditivo colgado del pabellón de la oreja. Viene aclarando en las tres lenguas:

—Trátase maniobra, maniobra!

A lo lejos se divisa, hundiéndose y flotando en la masa líquida, algo redondo y plumoso.

—Un salvavidas, asegura el de los gemelos —soltándolos con displicencia, libre ya de dudas e inquietudes.

Aúpase, en puntillas, la chiquillería, para mirar sin ver.

Paz recobran los ánimos, floreciendo en sonrisas. Alguna pasajera, no obstante, protesta de la falta de consideraciones, brutal descortesía, en la dotación, al no anticipar conocimiento de la prueba.

...Y hubo en todo aquello no sé qué de seductora belleza, de magnífico interés, sacudimiento estético. Travesía sin accidente, cier-

to o fingido, travesía zonza. A las olas debe rendírseles homenaje de incertidumbres, de angustias, de zozobras...

La lancha ha vuelto ya con el boyante artefacto. Torna la máquina a funcionar. Las chimeneas del "Esperanza" borbotean los humos ceniza de carbón. Ocupando el pasaje sus puestos naturales: el bar, la silla de lona, la carpeta de escribir, el camarote, el "flirt"—pues ya tenemos enamorados. Señala bien la corredera sus millas, hila que hila, en un incansable tragín de devanadera...

Ya entrándose la tarde descubrimos las velas triangulares, blancuzcas, de una goleta costeña.

... Dos gaviotas, amados pájaros mensajeros de tierra!, aparecieron persiguiéndose en vuelo manso, tardo, acariciador. Posaban sus alas pristinas en el cristal oceánico. Elevábanse en espirales. Se alejaron y perdiéronse; perdiéronse en los resplandores, violeta y amaranto del crepúsculo!...

ARRIBADA A PROGRESO

He de relatarla así:

Miércoles. Muy de mañana. Por la línea de babor fueron destacándose diminutos montículos negros. Una nutrida bandada de tiburones, con sus amplias aletas, y lomos pesados, nos daban guardia, luciendo en instantes, a ras de superficie, las carnívoras fauces. Aclaráronse algo los promontorios lejanos—dijéran-

se unidad de gigantescos "dreadnoughts", prestos a epopéyicos combates. Otra como crestería surge y se oculta, vuelve y se disipa, tal zambulléndose en la salobre corriente, lo que despierta en mi imaginación la idea de aquellos abominables cocodrilos vistos por Eliseo Reclus en las márgenes del Magdalena. Orza un poco la nave, emprobándose, mientras, violentamente, sale el sol de los propios confines—redonda placa al rojo vivo, obra de algún Vulcano invisible.

Heridos los ojos, con la violenta lumbarada, ya no pude distinguir nada más, oyendo, a cambio, que se arriaban cadenas en el molinete delantero.

—¡Cómo! inquirí, ¿no avanzamos?

Y uno de los negrazos, baldeadores de la toldilla, escuchándome, repuso:

—Falta calado. Se han atrevido mucho adentro.

El ancla muerde los fondos fangosos de la rada, enturbiando el azul añil. Alerta y avisadora rasga la bocina el espacio con sus señales de arribada. Suelta al viento la bandera nacional su tríptico de franjas, el águila monicéfala, nopales y serpiente en campo blanco. Otros lienzos flameantes: amarillo y tonos caprichosos, forma de agudos gallardetes, piden sanidad y transportes. Marcho al "cuarto" a disponer mi desembarque, experimentando irreprimibles ansias de afirmar planta en suelo mexicano.

Veinte, cuarenta minutos. Un remolcador pesado y puerco, acércase, al fin, arrastrando panzudas gabarras, feotas, deformes, como cajones inmensos. "Hércules" es el nombre de matrícula del vaporcito; las barcazas ostentan semejante nomenclatura de almanaque cristiano: Carmen, Asunción, Agueda, matronas, muy señoras mías.

Recuento minucioso de pasajeros. Revisión de patente. Carga y descarga de equipajes. Adioses sentimentales. Encargos. El ordinario trasiego espiritual, en trances así, de cuantos se van, y cuantos se quedan. De esa manera corrieron casi dos horas a nuestra recalada por la península yucateca.

Por último, el mismo "Hércules" nos condujo, a quince viajeros, al muelle, o lo que fuese; empalizado de maderas, troncos de cedro, binatigo, y más árboles, macizos, corpulentos... en la selva azteca.

—El abandono de los gobiernos ha hecho que no tengamos una bahía artificial, como en Veracruz; y eso que nuestros ricachos henequeneros ofrecían a D. Porfirio diez millones de pesos, para la construcción. Pura desvergüenza.

Lo delató un hombrecillo vivaz, gesticulante, de chatas facciones, y tez cobriza, marinero o patrón del averiado remolcador.

Cuando ya marchábamos—conocido mío del barco y yo—espigón allá, se me acerca él y secretea.

—Un indio anti porfirista. Pura política, amigo; pura política. Eso es hoy la República. Y cuanto más para dentro, peor. Aún en las costas se trabaja; se friega la gente las costillas; gana dinero, y lo gasta. Salí de Tampico hizo cuatro años, al finalizar la primera revuelta. Y volví porque amo a la patria de veras; pero no dejo de comprenderlo bien: existe el ideal revolucionario, ¿cómo no?; se ataca a la reacción que es la dictadura; ahora, hay *pelaos*, que cargan puro fusil por no coger la labranza. ¡Pobre México!

...Era tan noble el acento de dolor, tan sentido el desahogo del joven meridano, que no pude por menos de ahogar, con frase optimista, su escéptico alegato.

—Vendrá pronto la paz, y esto es rico.

Miróme él lánguidamente, e iluminado por un grato rayo de esperanza, balbuceó:

—¡Ah! amigo, no lo sabe usted bien, no lo sabe usted bien.

Progreso es sitio costanero, arenoso, mezquino. Nada de él requiere cita. Su vida constitúyela la fibra marfil del henequén y guiar a una ciudad moderna y bella: Mérida. No pude visitarla. Haríase tarde...

Y tornamos, seguidamente, al buque, camino marino de Veracruz...

MAL NORTE. — COMENTARIOS

Se entraba ya la noche, noche fría y fosca, al zarpar de nuevo el "Esperanza", ruta a mi